

El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

Chismografía madrileña.

EL RASTRO.

Medrados estamos, como hay Dios, dirán los que vean el epígrafe de mi artículo: medrados estamos con el *Fisgon* y sus sandeces, que de chismografías cayeron en impertinencias, y desde un juicio prudente y analítico, ha declinado en rebusco, como perro de plazuela. Si nos llevase como antes á examinar ó escudriñar el laberinto de la Puerta del Sol, el embolismo de una vecindad, los interiores de una cofradía, ó la zambra de orillas del Manzanares, pase: pero ¿al Rastro? ¡Virgen de Atocha! no hay quien tolere tan singular descenso, ni quien pueda sin peligro de contraer un horrendo tífus, pasar desde la fresca y verdorosa playa de las ninfas lavanderas, á la calorosa y árida de curtidores, donde si no embalsaman la atmósfera los guisotillos de callos y potajes, lo hacen los desperdicios y manufacturas de las lóbregas mondonguerías ó mataderos, para mejor explicarme y hacerme entender de los que conocen las cosas por un solo nombre; cosa reprehensible en una época en que la nomenclatura general se multiplica sin tino, como el rentista puede ver en lo de *financiero*; el sastre en lo de *paletó*; la modista en lo de *chambra*; el elegante en la *bisutería*, y el afecto á máscaras en lo de *mejorable* y *draperías*, estampado con referencia al salón de Oriente en los carteles con que se anuncian para aquel local los bailes en el presente año de 1841.

Pero volvamos al Rastro madrileño, y no crean mis lectores que tan descaminado voy al engolfarme por entre sus puestos y revendedores, que en todas partes hay esta feria del pobre, lotería de logreiros y bolsa de jugadores de mano, llámese *londillo*, como el andaluz le titula, *baratillo* como el manchego, ó el *chiné* como el gitano. Lo cierto es que en la corte

y en las aldeas, sean de España ó del extranjero, se halla siempre un rincón destinado á las negociaciones de la plebe que *cotiza*, *capitaliza* y *amortiza*, si no en papel, por lo menos en otros géneros no exentos del mismo regatío, aunque los resultados y ganancias no son iguales, por razones harto conocidas del piadoso, benigno, benévolo y concienzudo lector.

Pero es el caso que insensiblemente nos vamos separando á cada párrafo del principal motivo, y como por acción episódica tocando otros extremos que ninguna relación dicen con el Rastro, siendo lo peor, que según lo que me ocurre y necesito decir, no será la última vez que incurra en este defecto.

Si á describir fuésemos con detención é independencia cada trato, cada objeto de los que se encuentran en este enciclopédico lugar, no bastarían las inmensas resmas que contienen los sárragos de los políticos periodistas, los códices de Salazar y los volúmenes del Tostado, porque allí se observa cuanto cabe en el humano cálculo, y en su plaza de giro y atrevidas dependencias tiene entrada el poderoso como el proletario.

No obstante, el Rastro por su naturaleza suele en lo general abrigar, ó al muy bueno, ó al muy malo, sin conocer término medio, pues así aparece á vender hasta la camisa el triste padre que rema por alimentar á sus hijos, como el ratero que obtuvo las alhajas, franqueando una puerta con su mano criminal, y causando con la vil ganzúa la ruina de una honrada familia para sostener los vicios del malvado. Pero ello es que lo uno y lo otro se dá barato por causas enteramente distintas, que el comprador no procura indagar.

Los puestos del Rastro lo son en realidad de una verdadera miscelánea, porque en ellos se halla, el zapato y el sombrero, y el buen frac y la zamarra, la escopeta y la labativa, la devanadera y el libro de la Constitución, el juego de lotería y los ejemplares de la ley

electoral, la poltrona de un ministro y una silla de posta, una faja de general y un sable de madera, un estuche de oro y una balanza torcida; y qué se yo cuantas otras cosas que la memoria no puede retener.

Una buena copia de logreros del centro de la poblacion destina las primeras horas de la mañana, de los dias festivos, para dirigirse á aquel sitio, y sorprendiendo al incauto y poco inteligente vendedor apodérase á precio casi de valde, de selectos libros, originales manuscritos, preciosas antigüedades y escogidas pinturas, que así las de nuestros derruidos conventos hubieran tenido la misma suerte, porque al menos se hallarian entre nosotros. Su táctica consiste en pararse en faz de lo que desean como por una rara casualidad, y tomándolo en la mano arquear las cejas, fruncir el ocico y sonreír en tono de desprecio: preguntar su coste, admirarse al oírle, continuar fulminando el descredito contra el objeto para que su dueño disminuya el precio, y cargar con ello, como por favor; cuando harto el vendedor de escuchar defectos apela á su acostumbrado dicho de «*pues señor, esto es lo que es, y no es mas.*»

El aspecto de aquel poco elegante Bazar es muy variado desde el momento de romper el día, porque en aquella hora ya le bordea. El diligente alguacil cotejando las ropas espuestas á la venta, con la lista de los efectos robados en el día anterior. La criada de servicio doméstico, busca presurosa una figurita de china para reemplazar á otra en que su señora tiene puestos los ojos, y que el maldito gato rompió dejándola caer de la mesa, mientras en la ausencia del ama, hablaba la descuidada sirvienta con el novio por el ventanillo de la puerta. El artista, el propietario, el militar, y el erudito, salen á caza de herramientas, herrages, armas y libros; y el atrasado, cercenado, rebajado, mal pagado y aniquilado empleado, á comprar tal vez para la gala del día un par de zapatos de los que nombran de la *valentía*, y que yo llamara de *cobarde costura*, pues que así que percibe la mas ligera opresion se desgarrá, haciendo pagar bien caro al triste el deseado ahorro con mostrar descortés el relleno de paño y carton que engruesa la figurada suela forjada entre dos baquetas.

En lo restante del día, principalmente desde las doce de él, un profundo silencio viene á sustituir á la matutina algaravía para que con mas libertad puedan disponerse las ventas á la mañana

siguiente. Las inmediatas tabernas convertidas en sociedades tienen mas influencias para sugetar en su recinto á sus miembros, bajo el poder de Baco, que á los suyos Temis; de suerte que los únicos sucesos que suelen agitar la tranquilidad que domina en las tardes, es la risa general motivada por el perro que arrastra un cuerno atado de la cola; el paso de alguna boda ó bautizo; el entierro celebrado de un parvulito; el mútuo abofeteo de dos verduleras; el desafío á navajadas; el lamento de un herido y la prision ó fuga del agresor. Llegada la noche otros diferentes seres, ocupan la escena, y atraídos por el olor del cebo, los perros y los gatos vecinos roen los huesos comen las piltrafas, entablan sus cuestiones, entonan sus duos, y terminan con sus quimeras, y persecuciones, asustando al pacífico transeunte, atropellando al sereno, ó derribando de la escalera al inadvertido farolero que atiza la mecha.

El Fisgon.

Literatura Árabe.

Las ciencias y la literatura brillaron entre los árabes en un tiempo en que eran desconocidas en la Europa. El esmero con que fueron cultivadas las hizo producir algunas flores entre las arenas de un abrasado clima, cuando el continuo riego de sangre impedia que brotasen en un terreno mas ventajoso. Los árabes como nación y los monges cristianos como individuos aislados, custodiaron con loable celo el depósito de la erudicion antigua, enriqueciendo con tal cual verdad nuevamente descubierta el tesoro de doctrina que habian acumulado. La filosofía tal como Aristóteles la habia comprendido, y la medicina, primera necesidad de un pueblo esencialmente guerrero, fueron estudiadas por los árabes, quienes las revisitaron de tantas sutilezas y abstracciones, que las dejaron bien marcadas con el sello de su imaginacion oriental. La corte de los califas y la de los príncipes y emires que mastarde desmembraron su mal unido imperio, era el foco de ilustracion de aquellos siglos, y el asilo de los filósofos y matemáticos que entonces vivian. Aquellos pueblos que poco antes se habian arrojado desde el desierto sobre los países mas bellos del mundo, y señalado con sangre las huellas de sus caballos, recibieron como herencia de la antigüedad un fuego que se habia casi extinguido, y le conservaron para que de nuevo pudiera encenderse la antorcha de la ciencia; así es que

su literatura puede considerarse como el único eslabon que engarza la decadencia de las letras con su restablecimiento, el único poder intelectual en el interregno del genio, el único faro que despedía vacilantes rayos en días tan nebulosos que su obscuridad llegaba á competir con las tinieblas de la noche.

Pero la poesía primitiva de los árabes, espresion enérgica de los sentimientos de un pueblo nómada y belicoso, permaneció largo tiempo como sepultada en los vastos arenales que la habían servido de cuna. Produccion indigena y espontánea de un clima ardiente, no era fruto arrancado á los jardines de la Grecia, y por lo mismo fué mirada con desdenosos ojos en la época del renacimiento, en que el sello griego se reconocía como único tipo de belleza ideal, como único molde en que debían vaciarse las creaciones de la fantasía. Mas ahora que no se esteriliza ningún manantial de emociones fuertes y alhagüenas el gusto oriental ha sido acogido en Europa con admiracion y entusiasmo: y se va explotando con ardor tan secundo minero. En los mas cultos idiomas se han traducido aquellas inspiraciones que tanto poder ejercian en el alma de los hijos del desierto: que ora arrancaban lágrimas de hiel con el recuerdo de un infortunio, ora deramaban el bálsamo del consuelo en la herida que habrían. Las antiguas Mallakas, estos admirables cantos anteriores al Islamismo, que, sobresaliendo entre cuantos se recitaban en la feria anual de Occadh, á la que concurrían todos los poetas de la Arabia, eran suspendidos en las paredes del templo de la Meca, han sido buscados con afán y se han encontrado hasta siete de estos poemas tan extraordinariamente laureados. En estos magníficos despojos de un grande naufragio, y en los demás restos de la poesía árabe primitiva se descubren rasgos sublimes de sencillez encantadora, de magestad imponente, de energía asombrosa.

Para dar una muestra de los dotes que caracterizan esta poesía hemos traducido una pieza entresacada de la coleccion titulada *La Hamasa*. Trabajoso ha sido ajustar al metro castellano la concision de la prosa francesa, pero luchando con tenacidad hemos vencido algunas dificultades, y la presentamos con el mismo orden y forma de pensamientos que existe en la traduccion de Goethe. Este insignificante escritor considerando este poema como digno de figurar al lado de las Mallakas aunque de posterior fecha puesto que es contemporáneo de Mahoma, se prendó tanto de su belleza que le tradujo é insertó en su obra titulada *El Diban*, acom-

pañándole de las observaciones que transcribimos.

El colorido de este poema es sombrío, oscuro como el de una noche tenebrosa. Todo quema en él; se siente la sed inextinguible de venganza, y la saciedad de esta pasión. No se necesitan palabras para comprender el genio del poeta; el sentido íntimo, la médula de su obra está compuesta de un carácter grandioso, de una seriedad terrible, de una ferocidad legítima. En las primeras estrofas se vé claramente la esposicion. El cadáver que habla imponiendo á sus deudos la ley de la venganza; el encomio entusiasmado del difunto que exaspera el dolor de haberle perdido; la expedicion que atraviesa las tinieblas de la noche: la voluptuosidad del triunfo en los placeres de una orgia; y el regocijo espantable del autor á vista de sus enemigos degollados, presa ya de los buitres y de la hienas, son los rasgos mas principales de esta inspiracion salvaje.

Pero lo que principalmente debe observarse en este poema es la transposicion de los sucesos que componen su narracion, siendo esto un medio sencillo y al mismo tiempo suficiente para cambiar en verdadera poesia la desnudez prosaica de la accion. Este cambio unido á la extrema simplicidad del poema eleva su carácter, y vuelve su gravedad mas espantosa y mas sublime. Al leerlo cualquiera que penetre su espíritu, vé desde el principio hasta el fin elevarse gradualmente todos los objetos ante su imaginacion, como si aquel acontecimiento se realizara á su presencia.

I.

Bajo una roca, en medio del camino,
El yace degollado:
Ni gota de rocío matutino
Su cuerpo ha refrescado.

Una carga en mis hombros hame impuesto.
Pesada con exceso:
Me la impuso y partió. Si, lo protesto,
Yo llevaré su peso.

Que el hijo de mi hermana inexorable,
Herede mi venganza:
Herédela el valiente, el implacable
Que brazo tiene y lanza.

El calla como nítida, y de su seno,
Mortal ponzoña fluye,
Así la sierpe arroja su veneno,
Y el encanto destruye.

Sorprendido nos há un fatal mensaje.
Un mensaje de muerte,
Desdicha tan inmensa es un ultraje
Que abrumara al mas fuerte.

El destino me irrita: herido deja
Al que era buen amigo;
Al hombre que jamás tuvo una queja
Con quien le daba abrigo.

Era el blando calor que el sol derrama
Cuando entumece el frío;
Sombra y frescura cuando Sirio inflama
Los rayos del estío.

Secas las piernas, y húmedas sus manos.
Nada mezquino había
En sus miembros robustos y lozanos,
Grande era su osadía.

Firme en su voluntad á un solo objeto
Decidido volaba,
Reposaba después, y con él quieto
Su querer reposaba.

De sus manos la dádiva caía
Cual de la nube el viento:
Piadoso era, mas cuando arremetía
Era un leon violento.

Marchaba al frente de su tribu fiera
De todos conocido
Por su negra y tendida cabellera,
Y su largo vestido.

Cual lobo flaco sobre sus contrarios
Sanudo se arrojaba
Porque él nutría de alimentos,
Hiel ó miel siempre daba.

Terrible avanza con bridon y espada
Sin mas escolta en torno,
La sangrienta señal de la jornada
Llevando por adorno.

II

Partimos cerca ya del medio día
Cruzando con afán
La sombra densa de la noche fría
Como nubes que vienen y que van.

Cada uno con su espada; la sacaba
De la vaina fatal,
Y entonces un relámpago brillaba.
Una espada era cierto cada cual.

Del sueño los vapores aspiraron
Y durmiéronse allá,
Luego que sus cabezas vacilaron
Herimos: ellos no existían ya.

Venganza atroz fué nuestro sumo gozo.
Rica venganza á fé!
De dos tribus enteras el destrozo
Salvo los menos que posible fué.

Su lanza el Hudselita roto había
Cuando en él la clavó.
La lanza del caudillo que yacía
Las tribus Hudselitas quebrantó.

Aspero sitio le escogieron ellos
Para final reposo:
El casco se rompían los camellos
En risco tan fragoso.

Cuando brilló la aurora en este lecho
Le encontró saqueado:
Del botín que cogiera sin provecho
Le habían despojado.

Mas, bajo mi venganza hoy han caído
Los Hudselistas, sí,
Jamás al infortunio me he rendido:
El infortunio se amortigua en mí.

La lanza tuvo sed: en la primera
Copa templó su ardor;
Mas no le fué vedado que bebiera
Una vez y otra vez de su licor.

III

Ya podemos probar agora el vino
Que estaba prohibido:
Con trabajo infinito he conseguido,
Tan dulce permision.

Y aquesta permision, pues, bien tamaño
Hoy á todos alcanza
La he estendido á mi espada y á mi lanza
Y á mi fuerte bridon.

Sawad hijo de Amré! dame la copa,
Dámela, el cuerpo mio
Es una enorme llaga; por mi tío
Lidié con tanto ardor.

Cuando á los Hudselistas ofrecimos
La copa de la muerte,
La copa que despecho y rabia vierte
Y ceguera y horror;

De los lobos la faz resplandecía
Y las hienas se rieron
Y los buitres mas nobles descendieron
Para su hambre saciar.

Y lentos de cadáver en cadáver
Repletos discurrían:
Tan rico el pasto fué que no podían
Sus alas levantar.

Toda esta composicion respira la grandiosidad mas salvage. En ella la justicia aparece con el semblante de una furia, el deleite está en la matanza, y una sed inestinguible de sangre humana devora las entrañas. Aquellas tribus entregadas en brazos del sueño, respirando los espíritus del reposo; aquellos hombres cuya cabeza está vacilando, y á quienes se degüella en medio de un profundo silencio; la lanza sedienta de sangre, y la copa de muerte ofrecida á los enemigos, el número de estos que escapa de su venganza, y es el menor posible; el reir de las hienas, la alegría de los lobos resplandeciendo en su cara, los buitres que se apacientan paseándose de cadáver en cadáver hasta que la saciedad les embaraza para tomar su acostumbrado vuelo, todo este conjunto es espantosamente graude y de una simplicidad homérica. Créyerase uno que

desciende á tenebrosa caverna llena toda de humanos despojos, y que en medio de un horrible silencio, el viento de la noche mezclando con su soplo glacial los vapores exhalados de las tumbas le rodea de un terror inesplicable.»

Doña Isabel de Osorio.

La primavera del año 1543 volvía á los campos el verdor, hermosura y alegría de que el invierno los privara; y los de Castilla, á pesar de su aridez, mostraban también alguna pintada flor, que con su belleza y fragancia anunciase la estación de la vida y de los amores. No lejos de Valladolid, dos jóvenes puras, tiernas, y hermosísimas como las nuevas flores que el soplo del aura entreabría al aparecer la aurora, disfrutaban de las frescas y apacibles mañanas de abril. La vista del campo, el canto de las aves, la influencia de la estación, aquella soledad agradablemente melancólica, enjendraban en sus corazones sentimientos que apenas comprendían, y que difícilmente pueden explicarse. Hallábanse también en el abril de la vida, cuando comienza á germinar en el corazón la semilla del amor, oculta en él desde el nacer y hasta entonces desconocida, cuando los juegos de la niñez enojan y se esquivan por un deseo vago, por un objeto ignorado. El trato de los hombres, por haber vivido retiradas, no había mostrado todavía á Isabel y á Luisa, que estos eran sus nombres, aquel deseo y aquel objeto, ni enseñándolas el camino de satisfacer una necesidad del alma, difícilmente comprendida; y entre la niñez que huye, y la juventud que llega, aquellas jóvenes, ora corrían en pos de la mariposa, que inconstante como ellas volaba, ora colocaban sobre su luciente cabello alguna silvestre florecilla, ora parecían distraídas, reemplazando á la risa júbilosa de la niñez, una sonrisa que solo se muestra pasada aquella, ó la expresión y sentimiento que comunican al semblante los afectos que nacen y crecen en el corazón.

Habíanse quedado sentados á alguna distancia la respetable dueña y el criado que á las jóvenes acompañaban, cuando divisaron estas una nube de polvo, que elevándose á cierta distancia, parecía aproximarse rápidamente; y llamada hacia ella su atención, pronto oyeron el pisar de los caballos que la producía. No había entonces ocasión de temer ni de recelar por la paz de que Castilla disfrutaba, por la seguridad que los caminos y despoblados

ofrecían; así que, la curiosidad llevó á las dos jóvenes á la inmediación del camino, que no lejos se encontraba. Felipe II, que contaba entonces diez y seis años escasos, y por hallarse su padre en Italia gobernaba su reino, asistido del cardenal Tavera, del duque de Alba y del comendador mayor Francisco de los Covos, salía á una partida de caza con sus moneros y criados, y era quien al frente de ellos pasaba por el camino al mismo tiempo que Isabel y Luisa se detenían cerca de él.

Si Luisa de Guzman era hermosa, Isabel de Osorio, con sus mejillas sonrosadas, y sus ojos negros, y su frente de jazmin, y su cabello dorado, y la expresión que dá á una fisonomía hermosa la sensibilidad y el talento, era un ángel que sobre todas las hermosuras de la tierra descollaba, y el príncipe sorprendido y admirado no pudo menos de detener su fogoso caballo, casi indeliberadamente para contemplarla. Abria su boca, é iba á dirigir algunas palabras entre confuso y apasionado á las dos jóvenes, cuando recordó que su servidumbre le observaba y oía; y procurando encubrir lo que en su corazón pasaba, saludólas cortesmente y siguió su camino. Empero su pensamiento quedó fijo allí, y en su memoria la hermosura de Isabel de Osorio. Embargados por ellas sus sentidos, á pesar de su inteligencia y destreza en todo género de caza, solo consiguió fatigarse y fatigar á los que le acompañaban aquel día. No quedaba de él mas que la memoria cuando regresaba Felipe á Valladolid; y en el punto en que su corazón recibió una impresión tan fuerte, separóse de él y de su comitiva el marqués de N., con quien antes había hablado en secreto.

Pronto llegó á su alcázar el inquieto Felipe; y despues de algunas horas de impaciencia, el marqués de N. entró precipitado y con alegre semblante en su estancia diciéndole: *Podemos salir si V. A. gusta.*

II.

Son las doce de la noche, las calles de Valladolid están desiertas, y mientras sus habitantes descansan, oculta tras una celosía, lleno el corazón de inquietud, espera Isabel de Osorio al joven que por la mañana había avivado aquellos sentimientos que no comprendía, y comenzado á fijar el deseo vago, y á descubrir el objeto desconocido que la hacían esquivar los juegos de la niñez. Llegan dos hombres embozados y silenciosos, señala uno á otro la celosía que oculta á Isabel, y se retira. Oye Isabel la primera declaración de amor... las jóvenes que la han oído de un

hombre que miraban con placer, podrán decir lo que pasaba en su corazón.... el embozado decía lo que hemos dicho todos y sentido algunos.

Pronto vino el otro embozado á buscarle: muy pronto.... habían pasado dos horas.

Volvió al día siguiente el embozado á la cita, y solicitó de Isabel que se le abriese la puerta: cuando se retiró no lo había conseguido.... Isabel temía á su padre.... Su padre marchó al otro día con una comisión importante á Italia. Instó el embozado otra noche: Isabel no quería que ausente su padre se abriese á hombre alguno la puerta de su casa. .. Pocos días después suspendió el coloquio de los amantes el choque de unas espadas que no lejos se cruzaban: llega presuroso al amante de Isabel su compañero, y le dice de modo que aquella pueda oírlo: «Señor: cuatro hombres riñen una pendencia al extremo de la calle, y por el otro viene la justicia. V. A. va á ser descubierto....» El príncipe, exclama, Isabel, Dios mío!—Ya no puedo ocultarlo, Isabel: evitad un escándalo.... mandad abrir vuestra puerta; decía Felipe; acercándose á ella. Felipe y el marqués de N. entran en la casa de Isabel; la supuesta riña terminó, pasó la mentida ronda. Isabel nada se atreve á decir á Felipe; Felipe se atreve á decir demasiado á Isabel. Comprende esta lo terrible de su situación, y esforzándose, dice al heredero de la corona de Castilla. «Príncipe: así hubiera sabido que lo erais, no hubiese oído vuestras palabras, ni á vuestro oído llegaría jamás mi voz. Pero sabed que Isabel de Olorio, guardará su honor para su esposo, ó para la tumba. Ahora comprendo lo que ni siquiera sospechaba. —El que ha de ser rey, debe guardar el honor de sus vasallos, si quiere que le guarden el suyo.... Dejadme lo único que mi padre por vos ausente sentiría que perdiese, lo que no puede perder sin «la vida.» Acompañó á estas palabras un torrente de lágrimas, que solo Felipe II podía no respetar. Diríjase á ella enardecido, cuando el marqués de N. entraba diciendo.—«Señor, la pendencia, el haber pasado la ronda y abierto esta puerta, tiene á los vecinos en observación. Un solo grito..... acordaos de quien sois.—Vamos, dijo Felipe, y salieron precipitados de la casa de Isabel.

III.

Tres noches habían pasado sin que Isabel esperase detrás de las celosías, ni el embozado en su calle, y ambos sufrían: este porque no había podido satisfacer un

deseo que, pasando á pasión, era mas ardiente que poderosa su voluntad, y aquella porque conocía su situación y los peligros que la cercaban. El marqués de N. la encontró en la mañana del cuarto día con las lágrimas en los ojos. Felipe le había autorizado para cuanto pudiera conducir á que su anhelo se cumpliera. El marqués empleó en vano todos los medios y recursos que su talento, la situación de Isabel, y el estado de su amante le proporcionaban; y sin embargo, volviendo á ver á Felipe que impaciente le esperaba en su alcázar—«nada he conseguido, le dijo: solo la violencia ó el matrimonio pueden entregarnos á Isabel.» Esta respuesta exasperó mas al violento Felipe, que dijo al marqués.—«Si me costase la corona, la vida, ha de ser mía Isabel. Vuelve mañana, y si nada consigues, anúnciala y dispon lo necesario para que un matrimonio secreto nos una en breve: la violencia y el placer no pueden conciliarse.

Las advertencias y los consejos eran para Felipe réplicas, y no las admita de sus vasallos fuera de los negocios de gobierno. El marqués, sabiéndolo, cumplió su comisión; y á los pocos días fué testigo con el joven Escovedo, que merecía la confianza de Felipe, de la ceremonia que nadie mas presenció.

No faltaron á Felipe pretextos ni razones para convencer á Isabel de que nada debía hacer saber á su padre: el emperador se hallaba en Italia, y era indispensable prevenirle ante todo.

Transcurridos algunos meses hablábase de otro matrimonio de Felipe II. ¿Cómo podría creerlo Isabel? Los corazones como el suyo no comprenden hasta donde llega la maldad de los demás. Felipe, por otra parte, se mostraba tranquilo, y tranquilo y sereno se separó de ella una noche... la misma noche que partía para Salamanca, donde había de celebrar su matrimonio con doña Maria, hija del Rey D. Juan III de Portugal. Sábalo Isabel al siguiente día, no le cree, vuela á palacio para verla. ¿Quiere seguirle... desde palacio la conducen de orden del príncipe gobernador á un convento... Consumida por la fiebre yacía espirante el día 15 de noviembre de aquel año, en que Felipe II, al pie de los altares, recibía por esposa á doña Maria de Portugal, y la bendición del cardenal Tavera, arzobispo de Toledo.

Mariano Gonzalez Vals.

Las persianas.

Era una apacible noche de verano: la luna, orgullosa de sí misma, proseguía

magestuosamente su carrera entre una multitud de estrellas, como una sultana en medio de sus graciosas esclavas. Una ligera brisa hacia estremecer las copas de la arboleda, que decora uno de los paseos mas concurridos en Madrid; y sutísimas hebras de luz plateada, que atravesaban su frondoso ramaje, no bastaban para desterrar aquella delicada sombra, que añade algunos quilates de dulzura á los coloquios de los amantes.

Así debería de creerlo una señorita de mas que mediana hermosura, que saliendo las mas noches á tomar el fresco, acompañada de su buena mamá, escogía para sentarse un banco medio oculto en la sombra de un pomposo plátano, al que solía acudir un caballero de agradable presencia, quien, como si fuese por casualidad, colocábase al lado de la hermosa Pepita. ¿Cómo va, don Carlos? decía la madre recalcándose en el hombre, y arqueando las cejas echaba de paso una mirada incomprehensible á sus atusados vigotes. Seguían algunos cumplimientos, algunas observaciones insustanciales; pero en breve únicamente en los labios de los jóvenes alteraba un ligero bisbiseo. Conocía entonces la mamá que su obligacion se reducía á no dormirse por el buen parecer, y ni siquiera prestaba atencion al murmulloso diálogo, cuya última parte vamos á trasladar.

—Mira, Carlos, he perdido tu confianza. No es verdad? Pues olvídamme, que yo taré por olvidarte.

—Esto es muy fácil á quien no ama.

—Fácil ó difícil procuraré salirme con ello.

—Pero, Pepita, á lo menos sepa yo el nombre, solo el nombre de ese rival dichoso.

—¿Y qué te importa ya su nombre, ni el mío?

—¿Qué me importa? ¿Quieres tú que permita vivir en sus glorias al que me ha usurpado tu corazon? Tengo una espada para batirme, y...

—¿Carlos! ¿Carlos! Yo te habia prohibido que averiguases hasta el parage de mi casa....

—Si, porque no tropezase con otro amante á quien se franquean sus puertas.

—Para recompensar este ligero sacrificio, para cumplir tus deseos, y aun los míos, he venido tantas veces á sentarme en ese mismo banco. Te has opuesto á mi voluntad, sufre pues los resultados de tu desobediencia.

—Era un capricho injusto. Debía alogar mis celos despues de haber visto entrar de noche en tu casa á un joven desconocido? ¿Qué visita era esta que des-

pues de dos horas no bajaba? Segun estoy informado vivis solas, y....

—Otra infraccion de mis preceptos.

—Pero, Pepita, esto era inaguantable.

—Carlos! todo ha fenecido. Mira allá cuantas hermosas se pasean. Quizá mañana una de ellas escuchará tus lisonjeras palabras. Y yo?... jamás.

Sus ojos sentían ya aquella escozor, preludio de las lágrimas, pero en seguida volviéndose al otro lado, exclamó. ¿Nos vamos, mamá?

—Espera.... un momento, murmuró don Carlos, tirándola del vestido; pero ella se habia levantado.

—Don Carlos ocultó en las fórmulas de la despedida el sentimiento que le roía el corazon.

—Una semana habia pasado sin que Pepita volviese á ocupar el banco de sus anteriores citas.

Una noche Pepita leía un papel á la luz del velon puesto encima de una cómoda, que era el mueble mas lujoso de aquella reducida sala. Estaba en pie, y como el balcon quedaba de par en par abierto para dar entrada á la frescura del ambiente, su sombra se extendía á lo lejos, y se dibujaba en la pared frontera. Era esta la fachada antigua del palacio de un grande, quien tal vez en su vida no habia visto las piezas que caían hacia aquel callejon. En efecto, esta parte de casa estaba enteramente deshabitada, y era algo extraño que su balconage estuviese guarnecido de unas persianas que nunca los vecinos vieron abiertas.

Estaba, como llevamos dicho, la hermosa joven de pie, un brazo apoyado en la cómoda, cuando un golpe sonó en la puerta de la escalera. Con repentino movimiento dejó caer en tierra su papel, sacudióle con el pié para ocultarle bajo la cómoda, y pasando un pañuelo por sus ojos fuese, abrió á su madre, y antes que hubiesen transcurrido tres minutos, otro golpe resonó en sus oídos. Sobresaltadas quedaron entrambas, pero al sobresalto venció la sorpresa que les causó la venida de don Carlos.

Este saludó á las señoras con afectada urbanidad, añadió que sospechando enferma alguna de ellas, habia tenido el arrojo de visitarlas; pero su modo de producirse embarazoso, la visible alteracion de su rostro, y algunas ojeadas chispeantes clavadas en el de Pepita, desmentían sus aserciones. La indulgente mamá, potencia neutral desde aquel rompimiento de hostilidades, conoció que su presencia atormentaba al pobre joven, y valiéndose del primer pretexto que le ocurrió, entróse en la pieza inmediata para observarles des-

de allí, y cederles el campo á mútuas esplicaciones.

—Estraño mucho que se haya tomado vd. la libertad de darme un disgusto.

—Cómo! Pepita! El agraviado soy yo, y tú me reconvienes. No hace un cuarto de hora que acaba de marcharse....

—¿Quién?

—Quién, me preguntas? Quién? El mismo cuyo retrato guardas en tu pecho.

—Qué? dijo Pepita sobresaltada, llevando maquinalmente su mano al pecho, y retirándola como si se hubiera quemado.

—Sí, añadió don Carlos con un acento mezclado de ironía y desesperacion. Es buen mozo tu querido. Mas de una hora ha estado sentado en esa misma silla. No es verdad que era muy sabrosa, muy tierna, muy apasionada vuestra conversacion? Algunas lágrimas corrían por tu mejilla: sin duda para consolarte te ha dado su retrato.

—Su retrato?

—Sí, y tú lo has besado en su misma presencia. Estás loca de amor.

Pepita estaba maravillada, atónita, estupefacta. Se veía amada con harta vehemencia para creer que á Carlos se le revelasen aquellas noticias en un éstasis, y le amaba demasiado para sospechar que pudiese haberlas adquirido en un aquelarre.

—Por el amor de Dios, Carlos, vete, y si me has amado en tu vida, calla... vete y calla.

—Me iré cuando me hayas dado un abrazo como el que ha recibido mi rival.

—Qué dices?

—La verdad.

—Carlos! Carlos! intentas sonrojarme.

—Lo sé cierto.

—Oh!.... no.

—Tan cierto como bajo la cómoda hay una carta suya.

—Esto es sobrenatural, murmuró Pepita.

Don Carlos se había levantado ya rápidamente, y doblegando cuanto le fué posible el cuerpo, sacó un papel que no podía ser visto desde su asiento.

—Ah! no lo has adivinado todo. Léelo, léelo ingrato.

El asombro de Pepita pasó repentinamente en el pecho de D. Carlos. Casi no podía creer á sus ojos. Lo que en sus manos tenía era una de sus últimas cartas en la que juraba á Pepita un amor eterno. Las frases mas tiernas venían humedecidas de recientes gotas. Estas lágrimas le acusaban de inconstante, y atestiguaban la inocencia de su amada. No podía serle infiel quien á sus solas se entretenía en leer con tanta pasión sus cartas. ¿Cómo había de figurarse vendiendo quien ni siquiera

se veía olvidado? Pero y sus ojos?... Al tiempo que hacia estas reflexiones salió apresurada la madre, y abalanzándose á D. Carlos, exclamó: Como es eso, caballero? Ha venido vd. á sorprendernos? Es vd. empleado de policía? Venga acá ese papel. Pronto.

—Cálmese vd. mamá. Déjeselo vd., se equivoca.

—¿Quién había de sospechar que tales fueran sus intenciones? Fíate de....

—Pero señora.....

—Yo creía que vd. amaba á mi hija, y...

—Yo la amo, la adoro, estoy pronto para darle mi mano con tal que desvanezca una ilusión, sí, una ilusión, porque me harán creer vds. que estoy en un país encantado.

Efectivamente don Carlos no podía desenredar la madeja de sus pensamientos. Aquella irritación de la madre para lo cual no veía fundamento alguno, aquella seriedad de la hija sin haber indicado una disculpa á tan graves cargos, aquel papel que acusaba á sus ojos de testigos falsos, todo esto le había metido en un laberinto del que no acertaba á salir.

—Pues si vd. ama á mi hija, debía respetar nuestros secretos.

—Y si estos secretos me ofendiesen?

—No, Carlos, no, replicó Pepita con el acento de la mayor ternura.

—Pues espíciate por Dios. Quien era el hombre que he visto aquí?

—Fío en tu silencio. Era mi hermano.

—Y para un hermano tanto misterio!

—Es que sirve en el ejército de D. Carlos, y si el gobierno de la Reina lo descubriese nos mandaría salir de Madrid. Había obtenido licencia por un mes, y está de vuelta á su cuerpo. Si te corres, querido Carlos, de amar á personas cuyas ideas están en oposicion con las tuyas, á lo menos no las pierdas. Que tu silencio recompense mis lágrimas.

—Pepita mía, soy de los mas ardientes defensores de la reina, pero el amor prescinde de opiniones políticas; dentro de tres semanas la iglesia habrá bendecido nuestra union.

—Carlos mío... dime, y cómo has sabido aquellos pormenores?

—Desconsolado al ver que no acudías al lugar de nuestras citas, me acordé de comprar un favor al mayordomo de aquel palacio, y he pasado horas enteras contemplándote por entre las barras de aquellas persianas.

—Oh!

—Este recurso me ha valido la felicidad; pero mandaremos poner unas en ese balcón para que nadie nos aceche al disfrutarla.

EDITOR. DON IGNACIO BOIX.